

DOS LINGÜISTAS HABLAN SOBRE SU CAMPO DE ESTUDIO

por
Raymundo Mier

La enunciación es, en efecto, la arena donde se afrontan los acentos sociales contradictorios. Los conflictos de lengua reflejan los conflictos de clase en el interior de un mismo sistema. La comunicación verbal, inseparable de otras formas de comunicación, implica conflicto, relaciones de dominación, utilización de la lengua por la clase dominante para reforzar su poder, etc. Todo signo es ideológico; la ideología es un "reflejo" de las estructuras sociales; en consecuencia, toda modificación de la ideología implica una modificación de la lengua. Contrariamente a la concepción saussuriana, la variación es inherente a la lengua y refleja variaciones sociales. Si la evolución obedece a veces a leyes internas, está sobre todo regida por leyes externas de naturaleza social. El signo dialéctico se opone a la señal inerte que resulta del análisis de la lengua como sistema sincrónico abstracto. De aquí surge la necesidad de criticar los postulados de Saussure: existe una falla en su propio sistema de oposición lengua/enunciado, sincronía/diacronía.

El cuestionario del padre de la lingüística, sin embargo, ha dejado, por así decirlo, "huérfana" a esta ciencia. De allí que nuestros propios lingüistas sientan la necesidad — como los ángeles después de la muerte de Dios— de reconsiderar su función, su utilidad, sus vías de trabajo. De esta meditación, a veces contradictoria, a veces subjetivista, a veces furiosamente vital, irán surgiendo nuevos lineamientos que logren renovar una ciencia en crisis.

1.— Líneas y bordes "La misma lingüística, un poco como la economía (y la comparación no puede ser insignificante), está en vías, me parece, de estallar por desgarramiento: por una parte sufre una atracción hacia el polo formal, y, siguiendo esa pendiente, como la economía, se formaliza cada vez más; por otra parte, va acumulando contenidos cada vez más numerosos y cada vez más alejados del campo original; asemejándose al objeto económico, el objeto de la lingüística carece de límites: la lengua, según la intuición de Benveniste, es lo social mismo".¹

Objeto proliferante el de la lingüística, ubicuo y sin límites, donde se cristalizan lentamente los cuerpos que el lenguaje traspasa: todo puede encontrar su propio destello en el hecho lingüístico, su superficie atraviesa todos los silencios. Demasiado pobre para dar explicación a todas las incertidumbres que lo cruzan, demasiado amplio para encontrar formas de respuesta ubicadas bajo el dominio de un impulso explicativo, unificado y coherente, el objeto se desmembra, las regularidades de este cristal se resquebrajan. La realidad de los hechos lingüísticos y la producción del sentido reventan las aristas: las ausencias ya no cicatrizan. Los soportes, los agentes, aquello que hace posible la existencia del lenguaje, recuperan su centro y su indeterminación; también se habla desde el propio cuerpo.

Si por algún momento la lingüística buscó prescindir del sujeto para encarar con rigor un objeto cada vez más imaginario, hoy los bordes y el atardecer del sistema lingüístico lo engloban, lo atraen hacia sí. Pero es inútil. Este sujeto que la lingüística llama es un sujeto inexistente, un sujeto cuya extrañeza no puede sino hablar por otras lenguas, por otros cauces: la vía para la incorporación del sujeto no es ya la lingüística.

Sin embargo, esta tentativa aparece aún, insistente, dibujando el perfil de una figura que no existe y que no puede sino representar la instancia de legitimación para un conjunto de postulaciones arrogantes y sordas; la lingüística entonces se inventa un sujeto, un lugar desde cuya inmanencia sea capaz de constituirse finalmente como "ciencia". El sujeto que emite las proposiciones, el sujeto que irrumpe a través de la enunciación en el tiempo de los otros, no puede ser borrado; pero puede aparecer bajo la vestimenta de un dispositivo: lugar y asiento de la construcción sistemática, el ingenio cibernético, la simulación formal. Máquina y cuerpo: dispositivos cuya identidad se disimula mal ante el advenimiento del simulacro. Las máquinas, hoy, también aprenden, modifican sus conductas; hoy, las máquinas también hablan desde lugares dispersos. Basta fijar el juego de la similitud, la paradoja de la identidad que se desdobra, el regreso irreprimible de lo mismo. La tabla de salvación para un discurso que ha podido encontrar su cumbre y su silencio a través de la negación del sujeto es —¿quién lo duda?— un regreso hacia el sujeto. —Este se convierte entonces en una opacidad cuyo testimonio formalizado es la probabilidad incalculable, nula, de la emisión de una frase determinada en un contexto-ocurrencia cualquiera: nuevo objeto, la creatividad, que habrá de colmar al sujeto lingüístico, dándole nombre y lugar, alma y presencia. Pareciera que la existencia discursiva de este objeto bastaran para devolver al sujeto el espesor que ha perdido en el paso paulatino a un silencio cuyo eco carcome desde dentro todas las edificaciones, todos los discursos: las palabras son, han sido para la lingüística, el erial donde sólo es posible la germinación de la afasia.

MASCARAS, FORMULAS Y REPRESENTACIONES

Sin cuerpo y sin historia, el sujeto es un obstáculo para el pensamiento, para la Teoría. De ahí la formalización. La objetividad y la verdad han tomado bajo su amparo los lenguajes formales: economía y eficacia descriptivas recuperan la figura de la explicación; la conceptualización se colma con el encuentro y la determinación de clases equivalentes: cada clasificación exhaustiva que sea una partición, que determine un espacio relacional unívoco y específico habrá de tomar calladamente el camino de la explicación, habrá de estar recorriendo en sus inicios la vía de la canonización objetivista. No existe un doble fondo. No existen mediaciones. Se trata de establecer las regularidades y las leyes de comportamiento, la forma de ejercicio de la diferencia a partir de la superficie misma de lo mirado: el repertorio de todo aquello que ha encontrado una voz y un cuerpo que lo engendren y una superficie que despierte a la significación: el lenguaje en su destello evanescente y los monumentos discursivos. En el umbral del estudio de los discursos Foucault propone: "que el campo de los enunciados no se describa como una traducción de operaciones y procesos que se desarrollen en otro lugar (en el pensamiento de los hombres, en su consciencia o en su inconsciente, en la esfera de las constituciones trascendentales), sino que se adapte, en su modestia empírica, como el lugar de acontecimientos, de regularidades, de entradas en relación, de modificaciones determinadas, de transformaciones sistémicas; en suma, que se le trate no como el resultado o rastro de otra cosa, sino como el dominio práctico que es autónomo (aunque dependiente) y que se puede describir a su propio nivel (aunque haya que articularlo sobre otra cosa fuera de él).

"Supone también que ese dominio enunciativo no está referido ni a un sujeto individual, ni a algo así como una consciencia colectiva, ni a una subjetividad trascendental, sino que se le describa como algo anónimo cuya configuración define el lugar posible de los sujetos parlantes."

Estamos en presencia de un dispositivo de ordenamiento, un dispositivo que busca situarse en el orden de lo manifiesto: el reino de la mirada y su restitución al dominio de lo empírico. Sin embargo, reconocemos la marca de una ambigüedad que le permitirá encontrar su identidad y su reflejo dentro de las vastas regiones del discurso teórico en torno del lenguaje: el tacto y la mirada se descubren, bajo la vigilancia infatigable de un silencio escandalizante e inflexible, como extraños sinónimos, como rasgos repetidos de un cuerpo miserable y perdido. No existe sino el silencio estructurante: un sujeto cuya escisión aparece, más allá de la censura, en la sustancia misma del lenguaje, en los propios mecanismos que rigen la economía funcional de los sistemas y las estructuras, el enunciado y su distancia irreducible respecto de la enunciación y sus pronombres, la grieta que desliza más allá de las formas el borde del sentido: sólo la imaginación puede responder

a las sensaciones surgidas en el estremecimiento de la piel, territorios que aguardan el reconocimiento, litorales que aguardan su cartógrafo.

"(dominio) que se puede describir a su propio nivel (aunque haya que articularlo sobre otra cosa fuera de él)": el tacto y la mirada del pudor no bastan. La descripción aguarda otra operación complementaria e ineludible: la referencia y la inserción en otro espacio. Y estas acciones no son sino articulación: establecimiento de relaciones, determinación de clases, de jerarquías, de lugares y direcciones: la mirada se hunde ahora bajo la superficie, el objeto busca dibujarse por primera vez y exhibir sus rostros *construidos*, multiplicidad de espacios cuya síntesis, necesaria para el reconocimiento del objeto, no puede revelar sino las huellas del sujeto que la ha producido: la posibilidad del desdoblamiento de la mirada y su eficacia aparecen en la relación imaginaria que el sujeto establece con su propio discurso. De ahí la credibilidad del discurso de la ciencia cuando habla de parajes inimaginados donde la evidencia de los sentidos se vuelve opaca y áspera, de ahí el surgi-



miento de la convicción y la norma, las rutas a seguir y las condenas, de ahí las polémicas encendidas, las polémicas irreducibles, las teorías, la muerte y la ortodoxia, los detractores y los necios, las autoridades y sus cohortes flotantes, subordinadas. Bajo el fondo insensible de la descripción y sus raíces formales apenas presentadas, los axiomas que edifican los umbrales del discurso y las explicaciones se encuentra el terror de la interpretación y los lugares que ésta presupone y consagra. Tenemos dos figuras que juegan a la metamorfosis: formalización e interpretación se nos imponen como dos ilusorias superficies, exterior e interior, de la cinta de Moebius. Pero ¿existe algún punto de inflexión en esas superficies, algún punto desde el cual la mirada revoque su horizonte para encontrarse frente a otros parajes y otros desconocimientos? "Los métodos de interpretación se enfrentan, pues, en el pensamiento moderno, a las técnicas de formalización: los primeros con la pretensión de hacer hablar el lenguaje por debajo de él mismo y lo más cerca posible de lo que se dice de él; los segundos,

con la pretensión de controlar todo lenguaje eventual y de dominarlo por la ley de lo que es posible decir. Interpretar y formalizar se han convertido en las dos grandes formas de análisis de nuestra época; a decir verdad no conocemos otras." Se habla del enfrentamiento de los métodos. Habrá tal vez aquí que jugar a las metáforas; sumergirse en la penumbra del sentido, rechazar las ilusiones de la interpretación mediante su ejercicio. El enfrentamiento surge por resonancia: la indiferencia no recorre los rostros enfrentados, la anulación y la inexistencia rondan los cuerpos que se buscan; y también la resonancia tiene su lugar común, su espacio de identidad que la hace posible: métodos que se enfrentan son solo la huella de una identidad que actúa más allá de superficies inmediatas: no es el juego antonímico de la oposición el que invocamos: es el juego que designa la aniquilación y la muerte del otro como condición de la propia identidad.

Pero nos hemos referido a la mirada que recorre las superficies demorándose, apreciando distancias y contigüidades, verificando reglas que le permitan dar cuenta de dispersiones y similitudes, las reglas que han trazado las formas irreducibles del acontecimiento. Vemos ahora que estos largos itinerarios, esta orografía de los hechos es, fundamentalmente, el ejercicio de una pasión que infunde una identidad a los fenómenos, un reconocimiento que no es la creación de una entidad sino la producción de una materialidad. Algunas de las preguntas y respuestas que surgen ante este hecho son ya un lugar común en la línea de cierta tradición epistemológica.

Toda descripción presupone un conjunto de categorías que la hace posible. Estamos ante un hecho que pone de manifiesto la opacidad de una subjetividad, producida y productora, sobre el fondo neutro de la forma. La elección de categorías, los parámetros seleccionados para la construcción de las clases, la operatividad de las clases y los métodos de prueba para verificar su adecuación con respecto al fenómeno que habrá de ser descrito y explicado son algo más que un algoritmo; esta figura que recorta su espacio al margen del sujeto no puede revelar sino la exterioridad que lo sostiene; este dispositivo que fija sus fronteras y sus bordes, que lo determina como objeto buscado, como punto de emergencia de un deseo, ese dispositivo social de producción donde el sujeto también encuentra su sitio. Frente a las formas canónicas de la clasificación, la determinación de la tipología de las relaciones, la clasificación de las operaciones, la formación de clases equivalentes, aparece la mirada en el centro de un vasto mecanismo de determinaciones y ensamblajes. Este largo registro de vertientes y bahías, esta metuculosa invención de parámetros y selvas, de climas y zoologías, esta inocencia pictórica, no constituyen sino un espacio restringido: engloba diferencias bajo máscaras comunes, quiebra pendientes, desgarrar tejidos cuya hegemonía escapa al instrumento, abre fosos en la planicie de los

hechos. ¿Por qué? ¿En qué otro lugar aparece esa mirada que recubre y designa, separa y aniquila? Recurrir inocentemente a la justeza de los procedimientos largamente elaborados de la formalización es borrar en los signos, por su estructura, por su edad y por su apariencia inalterable y geológica, las marcas del trabajo y la fantasía de los sujetos, las determinaciones inscritas en sus actos, el complejo dispositivo que condiciona su aparición y las formas de su existencia.

Técnicas de interpretación y métodos de formalización habrán de mostrarse ahora como dos superficies consustanciales. Con todo, sería apresurado recorrerlas como a un mismo cuerpo, como la engañosa insistencia de la repetición. Debemos ahora distinguirlas: es claro que el acto de interpretar aparece marcado por rasgos inequívocos y específicos: los objetos de referencia se separan, las proyecciones se multiplican, las reglas intercambian y confunden sus dominios, las asociaciones se desbordan. La interpretación se haya aparejada con la ambigüedad, la multidireccionalidad, la referencialidad plural e indeterminada, con el tránsito, con la historicidad de las normas y los actos de designación. Foucault ha hecho explícita la espiral de la interpretación, su inencontrable finitud: "la interpretación tiene que interpretarse siempre a sí misma y no puede dejar de volverse sobre sí misma".⁴

Estamos pues ante dos entes a quienes hemos vinculado mediante una relación de consustancialidad y casi, por qué no decirlos, de identidad. Sin embargo, nos vemos confrontados con su obvia y manifiesta separación, sus caminos irremediables y divergentes, sus rasgos incomparables y opuestos, sus voluntades patentes de combatirse en su referencialidad y en su verificabilidad. Podemos, a pesar de todo, asignarles como tierra compartida la superficie del discurso, como una primera sustancia compartida, como una evidencia débil, pero incontrovertible, de una relación aún desdibujada: *Dos técnicas correlativas cuyo suelo común de posibilidad está formado por el ser del lenguaje, tal como se constituyó en el umbral de la época moderna. La elevación crítica del lenguaje, que compensaba su nivelación como objeto, implicaba que éste fuera cercado a la vez por el acto de conocimiento puro de toda palabra y de aquello que no se conoce en ninguno de nuestros discursos. Era necesario hacerlo transparente a las formas del conocimiento o hundirlo en los contenidos del inconsciente, lo que explica muy bien el doble camino del siglo XIX hacia el formalismo del pensamiento y hacia el descubrimiento del inconsciente — hacia Russel y hacia Freud.*⁵

Se trasluce en la figura del lenguaje su ser escindido. Su ser que, en las dos operaciones que tienen lugar para conformar la realidad actual del lenguaje, se encuentra finalmente bajo la condena de lo otro. Las dos operaciones de naturaleza complementaria: una operación de clausura que conforma un espa-

cio cerrado y una operación que hace del lenguaje un espacio abierto atravesado por infinitos puntos de fuga, darán paso a un efecto de eclipse, a otra operación, ésta imaginaria, que hará de ambos espacios lugares escindidos, separados por la irrupción hipostasiada de la verdad. Quedarán objeto y clausura como términos enlazados que se amparan bajo la economía de la argumentación y su eficacia. Sin embargo, esta aproximación que se quiere metódica y objetiva y que tiene por fundamento la clausura afirma necesariamente su parcialidad y su autocontención. No hay solución posible para esta impostura y este reconocimiento. Ninguna sutileza teórica que se reconozca tras de sí la certeza última de que existe un sentido, un factor de carácter constitutivo para la explicación, que ha permanecido más acá del discurso que pretende apresar el lenguaje: la carencia cerca el hecho lingüístico a través de las vertientes que lo ciñen, deslizamiento infinito del sentido en el lenguaje-objeto y la clausura inescapable de la representación metalingüística.

Habría que preguntarse entonces si, efectivamente, este "ser del lenguaje", esta for-



ma difusa e indefinida puede dar cuenta del surgimiento de las técnicas de análisis que, en el caso de la lingüística, son a su vez punto de convergencia y de refracción de toda posibilidad explicativa y objeto de su propio desdoblamiento. Por una parte, la designación es desbordada por el sentido. Por otra, en el centro mismo de la estructura, de la "totalidad" funcional, retorna el sentido deslizando que perturba los diagramas y las lógicas, los lugares y la naturaleza de las funciones: *Dadas dos series, una significante y la otra significada, una presenta un exceso, la otra una carencia por los cuales su relación es de eterno desequilibrio, de perpetuo desplazamiento. Como dice el héroe de Cosmos: signos significantes, hay siempre demasiados.*⁶

Surge la forma callada de una deslocalización que invoca, en la producción de un modelo explicativo, el restablecimiento de un dispositivo de enunciación, la producción de una interpretación. Estamos ante uno de los múltiples círculos cuya superficie se cruza con precipitación, se abarca en forma incipiente, se confunde y se abre ilusoriamente en la

reflexión en torno del lenguaje. Si el "ser del lenguaje" es pues este punto donde tiene su fuente la incertidumbre de la formalización, si el lenguaje es punto de confluencia y condición de posibilidad de las técnicas, el lenguaje es entonces un ser escindido cuya imagen tendrá su propia vida y hablará en nombre de la verdad para negarse a reconocer lo real a partir del cual es originado y cuya mirada lo constituye: movimiento centrífugo, y centrípeto que hará confluir sobre su propio volúmen la imagen que sobre su cuerpo mismo ha construido; pero esta vez para revelarlo en lo que contiene de secreto: origen de las técnicas de formalización y objeto de la formalización él mismo, espiral que tiene ya algo de lo inacabado, de lo infinito de la interpretación; espiral en cuyo vértice se encuentra el silencio de un trabajo inaudible, la producción de un dispositivo cuyas conexiones desbordan el objeto, que se inscribe a pesar de todo en un complejo sistema de determinaciones, que anida en todos los puntos de la interacción social.

Por otra parte, ¿no habrá en este "ser del lenguaje" un movimiento soterrado, una lenta marea que se retrae, el punto de partida de un simulacro desplegado por la imagen? ¿Hablar sobre el "ser del lenguaje" no nos incita a volver hacia la mirada discreta y oscura de un origen? ¿No se filtran insensiblemente tiempo, historia y fantasía en este "ser del lenguaje"?

Y además, ¿no autoriza subrepticamente el pensamiento de lo otro, heterogéneo y distinto, negación y revelación en la historia del lenguaje y sus fantasmas? En última instancia, ¿no operará aquí, en este razonamiento, la terquedad olvidada de otras presencias y otros flujos? Hablamos sin duda de la inserción, del lugar, del dispositivo que produce al sujeto, de esta región a la que acuden tal vez interpretación y formalización, y nos preguntamos también si en el corazón de este "ser del lenguaje" la podredumbre de un dispositivo productor de la subjetividad no ha empezado a corroer la arquitectura de un cuerpo vacilante ante su propia imagen. Nos preguntamos simple y llanamente respecto de la suficiencia de una lingüística "objetiva": más allá de los objetos y del campo de producción de la subjetividad.

II. — Los tránsitos imaginarios.

Nada parece más natural, y nada ha sido más arduamente combatido, que una concepción de la ciencia, progresiva, evolutiva y armónica. Nada ha sido más ardientemente argumentado que la irrupción de la discontinuidad en las historias, que el predominio de la diferencia, que la existencia de umbrales a partir de los cuales la mirada pierde la memoria de su origen, quema sus naves. Nada incide más en el tiempo de nuestros discursos, en las palabras que entretienen teorías, que la idea de que continuidad y discontinuidad son categorías cuya emergencia carece de mutua determinación. En efecto, para nosotros, hoy, la historia aparece como un desierto erosionado por ríos ocultos, por corrientes antes

caudalosas que han abierto desfiladeros y se han sometido a la violencia de múltiples geologías. Los tiempos de múltiples historias se encuentran territorializados, investidos por prácticas, sometidos a la ley inexorable de su propia especificidad. Y sin embargo, es posible bosquejar los meandros, las mesetas, los niveles, trazar hipótesis acerca de aquellos movimientos telúricos que han logrado poner a la vista capas hasta ahora enterradas, que han logrado sacar a la luz conformaciones y fósiles sorprendidos y petrificados por el tiempo; movimientos que, también, han logrado enterrar civilizaciones y especies florecientes, hundido tal vez para siempre, en la carne de un silencio permanente, la herida de cuerpos en el apogeo de sus edades. Foucault nos propone también una taxonomía de estos suelos y capas que configuran los discursos, propone también una dinámica de sus catástrofes:

Al momento a partir del cual una práctica discursiva se individualiza y adquiere su autonomía, al momento por consiguiente, en que se encuentra actuando un único sistema de formación de enunciados, o también el momento en que ese sistema se transforma, podrá llamarse umbral de positividad. Cuando en el juego de una formación discursiva, un conjunto de enunciados se recorta, pretende hacer valer (incluso sin lograrlo) unas normas de verificación y de coherencia y ejerce, con respecto del saber, una función dominante (de modelo, de crítica o de verificación), se dirá que la formación discursiva franquea un umbral de epistemologización. Cuando la figura epistemológica así dibujada obedece a cierto número de criterios formales, cuando sus enunciados no responden solamente a reglas arqueológicas de formación, sino además a ciertas leyes de construcción de las proposiciones, se dirá que ha franqueado el umbral de científicidad. Finalmente, cuando ese discurso científico, a su vez puede definir los axiomas que le son necesarios, los elementos que utiliza, las estructuras proposicionales que son para él legítimas y las transformaciones que acepta, cuando puede así desplegar a partir de sí mismo, el edificio formal que constituye, se dirá que ha fran-

queado el umbral de formalización.

Pero en este conjunto de rasgos que sugieren definiciones, que fijan límites y tolerancias, que determinan formas sutiles de ejercicio de un poder que no tiene su asiento sino en un mecanismo no formulado de acción discursiva, se ha reconocido ya la figura central que permite la separación de las prácticas. La figura sutil y silenciosa de la mirada que reconoce que percibe distinciones y especificidades, que acepta los juegos y deslinda las respuestas, esta mirada que describe desde un lugar sin formulación, sin espacio, bajo la violencia ignorada de la argumentación.

Esta mirada desnuda una morfología y permite la reflexión que habrá de trazar los campos propios para cada espacio de poder, habrá de trazar los campos para cada espacio de poder, habrá de ir trazando también los rasgos que habrán de definir esta paulatina separación, esta irreversible autonomía de las prácticas discursivas que crece en la medida en que sus reglas proclaman su propia arbitrariedad y afirman la soberbia de su vínculo perenne e inmutable con lo real. Parecería que el campo de progresión que desbrozan las prácticas discursivas afirmara una progresiva consolidación a medida que se libra de la historia y de la subjetividad y que es la medida de este alejamiento lo que provoca paradójicamente una apropiación de lo real.

Y sin embargo, se olvida que existe la mirada que contempla y se regocija ante la escena. Vemos desdoblarse aquí necesariamente el espacio que se presenta como espectáculo. Las fronteras del espacio de catástrofe, de ese espacio que define toda discontinuidad, tienen un punto desde donde han sido producidas: el lugar desde donde se opera la modelización del espacio; pero, también, y necesariamente, ese lugar es el de la localización de una mirada que presupone un cuerpo, que se posa sobre una superficie para desplazarse paulatinamente sobre las rugosidades y las formas, las asperezas y las texturas que solo habrán de desplegar su voz ante su mirada

que las interroga. Foucault no parece ponerse a cubierto en otro terreno, parece afirmar su permanencia ahí donde tiempo y espacio condicionan y ubican, fijan y localizan todo acontecimiento: el punto desde donde surgen estas figuras que anteceden toda morfología y que a pesar de todo han sido trazadas por otras morfologías lo que se llama *práctica discursiva* (...) *es un conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y el espacio que han definido una época dada, y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa.* Se establecen las premisas, las figuras, que habrán de desplegar la topología trazada sobre las superficies del discurso: la morfología que se adivina tras estas superficies aparece *con esta primera percepción*: la positividad surge ante la individualización de estas reglas y, sin embargo, es la mirada quien reconoce las fronteras donde la diferencia comienza su dibujo, las marcas que detienen el deambular donde todo encuentra su imagen y su equivalencia; pero es también producto de otras marcas: agente y producto de este hiato que permite la producción de las morfologías. No hay morfología sin marca, no hay marca que funcione como tal sino a partir del reconocimiento a veces secreto de sus articulaciones. ¿Dónde se encuentra pues el alojamiento de la morfología propia: las morfologías del sistema normativo hunden sus raíces en los umbrales discursivos, solapan el ejercicio de un poder que despierta todos los silencios del discurso. Sobre el espacio morfológico de la norma aparecen entonces todos los matices de la *necesidad*; la norma de articula sobre ámbitos heterogéneos, exteriores al discurso, encuentran su soporte en otras prácticas y otras morfologías no discursivas; las vemos también conformar espacios cerrados donde la coherencia es circularidad, la validez es tautología, donde certidumbre y definición son equivalente (y bien sabemos la función que tiene lo arbitrario en el seno de las teorías, en la conformación de las definiciones).

Cuales son las condiciones en las que es posible que cierto sistema de normas de coherencia adquieran una función dominante? No se trata aquí de una recuperación de una teleología o de un mesianismo, no se busca tampoco una forma de inscripción o de búsqueda bajo el amparo de la continuidad, desplazada de su lugar dominante como norma de coherencia. Habremos de optar provisionalmente por otra coherencia: aquella que busca la determinación de la especificidad de los procesos, su articulación, sus límites y los mecanismos de la productividad, las condiciones de existencia y las determinaciones de los agentes; habremos de recuperar, hasta donde sea posible, la noción de diferencia y sus alcances, habremos de inscribirnos en esta norma que hace de la carencia y de la negatividad el lugar mismo de su eficacia. De este lugar preguntamos acerca de la especificidad y la pertinencia de los modelos



formales, sus límites y sus impotencias, las condiciones en que se *reconoce* su función dominante, las condiciones de reproducción que determinan su normatividad efectiva y su imaginaria vinculación con lo real. Habrá que reconocer paso a paso las fantasías y los espejismos, los sueños y los despeñaderos desde los cuales la formalización aparece como el paradigma del conocimiento objetivo y el punto donde ocurre la secreta inflexión, el cambio de signo en la superficie de los discursos; la voz hoy imperceptible que recupera sus labios: el irrupir de la interpretación!.

b) Vertientes y cauces.

Podemos partir de la siguiente verificación: toda formalización aparece como una escritura. Escritura peculiar. Apelación no sólo a un sistema, a un conjunto finito de reglas y elementos, sino también a un rastro que quiere mostrarse intemporal. Esta ausencia del desgaste inevitable del tiempo, del cuestionamiento natural de los transcurros aparece vinculada con cierta ilusión de autonomía con respecto a lo real: el establecimiento de un aparato, de una sintaxis, rígida y universal, y un aparato semántico que determina relación unívoca, eliminando toda polivalencia: *Se considera con razón el método deductivo como el más perfecto de todos los que puedan emplearse en la construcción de una ciencia. Elimina en grado sumo la posibilidad de imprecisiones y errores, sin caer en un regreso infinito, toda duda referente al contenido de los conceptos y a la verdad de las aseveraciones de una teoría dada, se reducen considerablemente, y a lo más puede afectar a los pocos términos primitivos y axiomas.* En el caso de la lingüística, es este lenguaje en su despliegue el que habrá de dar cuenta del funcionamiento de otro lenguaje, habrá de constituirse como el modelo de funcionamiento de la lengua. Podemos señalar unos primeros puntos de reflexión: ¿Dónde situar los bordes del fenómeno? ¿Dónde los alcances del modelo? ¿Mediante qué procesos surge la morfología del lenguaje y de sus determinaciones? ¿Hasta dónde llegar en la búsqueda de causas e interacciones? ¿Cómo encontrar la identidad del lenguaje? ¿Desde dónde anudar esta realidad que atraviesa tantas esferas, este sonido que se refracta siempre sobre la superficie de los actos, de todos los actos, para continuar su camino? La materialidad del lenguaje en su comportamiento ha sido desgarrado por las varias lingüísticas, ha dado lugar a niveles irreductibles que hoy reconocemos en su aparente autonomía; en su verdadera incapacidad para esclarecer el funcionamiento de lo real lingüístico. Solamente una fusión irrealizable de niveles, una redefinición del lenguaje-objeto y de los niveles de consolidación de la metalengua podrían arrojar luz sobre un proceso que se desvanece continuamente bajo un olvido que se transforma en certidumbre, el espejismo de una explicación y una ciencia. Es aquí donde la formalización sigue siendo, para los lingüistas, ese aparato neutro, esa metodología universal. Se han olvidado de la normatividad de los discursos, de la entronización de criterios de diferencias y de coherencia argumentativas como producto de relaciones de

poder, de relaciones interdiscursivas, se olvidan también del deslizamiento de la verdad. Parecería que es solo la correcta aplicación de las reglas respecto de los modelos formales lo que habrá de asegurar la final consecución de la verdad. *En el mismo momento en que la lingüística redescubre el lenguaje, en lugar de construir su objeto, lo fragmenta en investigaciones que tienen distintos objetivos e implican modelos a veces incompatibles: la consecuencia, inevitable, es una reducción del lenguaje, por razones técnicas que casi siempre se ignoran. En particular, se ve con toda claridad, que la formalización irresponsable —o la negativa igualmente irresponsable de plantear el problema teórico de la formalización en lingüística— impide que se señale correctamente la relación dialéctica entre el lenguaje y las lenguas. El discurso del lingüista se cierra fácilmente en juegos de re-escritura que, a diferencia de las matemáticas, no son ni rigurosos ni fecundos. (...) ¿Debemos recordar que el problema metodológico de la lingüística (entre las demás ciencias humanas) consiste en encontrar, es decir, en fabricar, las herramientas lógico-matemáticas que permitan ofrecer una descripción adecuada de la actividad del lenguaje captada a través de las lenguas?* La imposibilidad de asir el lenguaje recupera entonces la memoria de un proyecto hundido en sus inicios, al mismo tiempo que una revocación de la certidumbre sobre el objeto de la lingüística, a cambio de una ilusión de transparencia, de validez universal y de incontestabilidad de una metodología. Y sin embargo, emerge otra certeza: la lingüística no es una. La producción de modelos teóricos que permitan reproducir el comportamiento de los diferentes factores que se manifiestan en el lenguaje ha llevado a una demarcación precipitada de comarcas, de niveles de análisis cuya particularidad se imagina con ahínco. Niveles de análisis apenas deslindados se afirmarán como el lugar a partir del cual se generará un juego de representaciones que recorrerá el lenguaje en su totalidad: fonología, sintaxis y semántica, inmersas en este impulso, adoptarán el silencio de los paradigmas metodológicos. Es en este esfuerzo por en-

contrar la autonomía, la coherencia inmanente, cuando estas comarcas, estos niveles, hacen emerger sus ruinas para mostrar un pasado apenas construido, unas raíces que están aún por penetrar la tierra del lenguaje. En este esfuerzo las luces se dispersan, los conceptos se diluyen, las figuras se penetran mutuamente. Este proceso, cuya turbulencia arrastra los conceptos —los abre en su mitad para encontrar a su vez otra imagen que a la vez se desdobra y multiplica— ha llevado a un cuestionamiento del estatuto de los meta-lenguajes, sus dominios y subordinaciones, la exhaustividad y amplitud de sus explicaciones; incluso sus fundamentos y posibilidades se han visto sometidos ante su creciente insuficiencia. Esto ha sucedido con no pocos conceptos saussurianos, los cuales, cada vez más revelan una falta de desarrollo suficiente, la ausencia de un valor explicativo para un sinúmero de fenómenos de carácter lingüístico. De ahí los múltiples planteamientos que han buscado nuevos encuadres para el objeto de la lingüística y las vías de su sistematización.

Sin embargo, la lingüística no abandona sus fantasmas: la regularidad de ciertos rasgos, ciertos encadenamientos y ciertas apariciones reiteradas han hecho surgir el anhelo secreto del autómatas: las fantasías asociadas a sus virtudes y los temores que acompañan la certidumbre de su omnipotencia. La imagen especular y los autómatas despiertan las fantasías primarias para regresar desde el espacio de lo mismo. Aquí se opera una vez más el regreso al lugar de la legitimación del que hemos hablado. La ausencia del sujeto habrá de ser simulada por su doble: *Todo parece indicar que en la aplicación de la teoría de los autómatas se encuentra una de las más claras posibilidades de superación de la indigencia teórica en la que todavía hoy se encuentra la psicología.* A partir del vuelco chomskiano hacia el sujeto concebido como entidad biológica y social de comportamiento modelizable, contemplamos un desplazamiento generalizado de la teoría hacia modelos de actuación



lingüística fundados sobre todo en procedimientos, métodos y conceptos que tienen su lugar en las matemáticas y la cibernética: lógica formal, topología, teoría de conjuntos, álgebras booleanas, teoría de los grupos, modelos de estados finitos, modelos markovianos y estocásticos son sitios invocados por las producciones teóricas contemporáneas que buscan en el paradigma de las matemáticas operar la clausura que los alcances de su propio fenómeno les niega con persistencia. En estos ecos que emergen en su terquedad y en su anarquía, en su falta de sistematicidad y sus reiteraciones, se encubre la carencia que otorga su aparente consistencia a la lingüística. En esta distancia que disimula la ausencia y el resquebrajamiento aparecen también otros fantasmas: las líneas de fuga invierten sus trayectorias para constituir el reflejo aberrante de un objeto simplemente ensombrecido, la imagen de las dunas cambiantes cede su lugar a una imagen donde solo perduran una tierra y un viento siempre idénticos: el reino irrecuperable de la muerte, la anulación final del sujeto, el acceso a la objetividad. De esta manera surge la puesta en escena del saber lingüístico, su incansable simulacro, el juego de inversiones bajo el signo de la distorsión. Se reconoce la dispersión y la incompatibilidad de las teorías lingüísticas, se reconocen sus puntos irreducibles, la divergencia y la contradicción en sus presupuestos epistemológicos; se reconocen todos estos territorios, su inútil deambular en busca de las fisonomías que les devuelvan su propia identidad a través de la identificación con los otros. Sin embargo, este reconocimiento tiene como finalidad recomponer los vastos desencuentros bajo la unidad ficticia de un objeto único, aunque tal vez el único punto de convergencia se encuentre en otra escena: es posible que la ilusión que rige el simulacro consista en la presencia de un fenómeno ajeno y monolítico, su ser indefinible y uno. Desde esta vaga intuición de la unidad del fenómeno se realizará el juego múltiple de la simulación: surge la reterritorialización de la reflexión lingüística bajo la marca de la unidad: "(...) el período actual de reflexión acerca del lenguaje está marcado por luchas

encarnizadas y controversias tumultuosas. Sin embargo, un examen minucioso y objetivo de todas estas creencias sectarias y de todas estas polémicas vehementes hace aparecer un conjunto esencialmente monolítico bajo la divergencia impresionante de los términos, las fórmulas y los artificios técnicos. Para emplear la distinción entre estructuras latentes y estructuras manifiestas, hoy corriente en la fraseología lingüística, es posible afirmar que la mayor parte de esas contradicciones aparentemente irreconciliables parece estar limitada a la superficie de nuestra ciencia, mientras que en nuestras formaciones profundas la lingüística de los últimos decenios revela una notable uniformidad."¹³

El discurso de la lingüística sufre una doble reproducción imaginaria, una duplicación que a su vez se duplica y se degrada: las propias palabras se reflejan como surgidas de otros cuerpos cuya presencia desborda las fronteras entre la representación y el cuerpo que le ha dado origen; el soñador soñado que ha rondado tantos relatos y tantas formas de la ensoñación ha sido la metáfora constitutiva de la lingüística: realidad y objeto, metalenguaje y verosímil discursivo constituyen cuerpos finitos que se enlazan. Tras la dispersión del discurso de la lingüística se oculta un objeto único: pliegue original sobre el que se produce un segundo simulacro: este objeto único pretende simular la unidad del fenómeno, descubrir su finitud, recuperarlo en todas sus aristas, encubrir su pluralidad insoportable. Encontramos entonces a la lingüística lanzada a la infinita empresa de hilar al infinito las frases inacabables del olvido y la simulación, negándose a asumir el halo incorpóreo que la sostiene, sus tiempos sin forma y sin residuos: ¿Es el mismo objeto el que se perfila en la gramática transformacional, en la tagmémica en la lingüística funcional? ¿Se trata del mismo objeto en la semántica estructural, en la teoría del texto, en la teoría del discurso, en la semiología, en la semántica generativa? La lingüística impone a un objeto que la ignora la red de discer-

nimiento que le conviene; en otros términos, en el comienzo existe un flujo donde son introducidas rupturas que no tienen en sí mismas título alguno para ser consideradas reales —tesis nominalista, corriente, implícitamente o no, en los estructuralistas. Ahora bien, no es de eso de lo que tiene necesidad la lingüística: tal presentación podría convenir a la historia, a la sociología, a diversas disciplinas hermenéuticas; pero a diferencia de éstas, la lingüística enfrenta un real, y a ese real es a quien exige que esté marcado por lo discernible, por lo Uno. No es su escritura quien instituye la convención de lo Uno, sino al contrario, es este último quien la hace posible.¹⁴ La lingüística ha sufrido desde siempre un repliegue sobre los propios territorios cuya descripción recupera de antemano. Todo está ya inscrito en sus propias nociones, su campo de conceptos, acotado y organizado, impone un cuerpo de certezas, inexplicables e inexplicadas certezas. Pero las verdades de que hace gala la lingüística son sólo los presupuestos tautológicos de sus operaciones básicas: la búsqueda de invariantes, la recursividad de las reglas y las formas de construcción, el impulso productivo de la diferencia... Nos encontramos con una disciplina cuyo propio concepto de totalidad estructurada actúa como una fuerza cetripeta que desdibuja la presencia de bordes donde la identidad se ha convertido sólo en impotencia y negación. Los conceptos de lengua y de gramática ejercen su poder de atracción: poder central, articulador; cuerpo que absorbe las incursiones difusas, pero inquietantes, hacia regiones que la acosan bajo la máscara de la lejanía y que, a pesar de todo, invaden el corazón mismo del lenguaje. Vuelve entonces el simulacro, las preguntas cesan: *El territorio ya no precede al mapa ni le sobrevive. En adelante será el mapa el que preceda al territorio —precesión de los simulacros y el que lo engendre, (...) los actuales simulacros, con el mismo imperialismo de aquellos cartógrafos, intentan hacer coincidir lo real, todo lo real, con sus modelos de simulación. Pero no se trata ya ni de mapa ni de territorio. Ha cambiado algo más: se esfumó la diferencia soberana entre uno y otro que producía el en tanto de la abstracción.*

La lengua se posa sobre la realidad del lenguaje, la segmenta, cierra todos los intersticios, la coherencia interior que establece las características de la funcionalidad de los distintos elementos recubre todos los ámbitos; no existen lagunas donde se revele la luz exterior de un cielo solamente adivinado; y aun en caso de que estas lagunas existan para la teoría, habrán de ser recubiertas apresuradamente; la inadecuación de las teorías habrán de ser aliviada por la eficacia operacional de otras subestructuras, y, en otros casos, por la edificación de complejos andamiajes: mantos de relaciones que habrán de restablecer la cohesión cuestionada. De esta manera M. Wandruszka propone las siguientes consideraciones: a) *La lengua no es una estructura; la lengua funciona gracias a toda una serie de estructuras jerarquizadas.* b) *Ninguna de estas estructuras carece de lagunas o deficiencias; dicho de otro modo: cada una de estas*



estructuras deja subsistir ambivalencias. 3o. Las diferentes estructuras se superponen, se confirman (redundancias) y se completan mutuamente. Como el registro morfológico de la predeterminación es defectuoso en cuanto a la determinación nom. l acus. (sujeto" compl. directo), la sintaxis (una regla de distribución) se encarga de la diferenciación, etc. 4o. el juego de las estructuras asegura la comprensión, la comunicación. 5o. Las diferentes estructuras funcionan como fusibles; si el fusible de una estructura ha saltado, la estructura o estructuras siguientes reparan el daño y garantizan el funcionamiento de la comunicación. (16) Los sistemas de descripción y el dispositivo metalingüístico se desplazan para restablecer, a través de las nociones de sobreposición de estructuras y la redundancia, un equilibrio que responda, a pesar de todo, a la concepción de totalidad lingüística. La noción de autoconsistencia de la lengua solo ha sufrido un breve descalabro, para retornar bajo el rostro de una multiplicidad estructural articulada e, inevitablemente, totalizante. Y en esta dinámica de desplazamientos conceptuales, de reflejos y de espejismos que hacen aparecer puentes donde sólo encontramos ante nuestros ojos tierra que se habrá de hundir a nuestro paso, la teoría lingüística sufre contracciones y expansiones, buscando infructuosamente hacer cicatrizar los espacios. La lingüística expande tímidamente sus bordes para alcanzar algo que sin embargo la mina desde dentro.



fortalizable parece resurgir en múltiples figuras teóricas. En el caso de la teoría chomskiana, esta relación se presenta bajo un aspecto más formal. Su abstracción y articulación conceptual dentro del sistema teórico de referencia marca su privilegio como objeto construido y, simultáneamente, su incapacidad para ser integrado en forma satisfactoria a un modelo explicativo de la ejecución lingüística. Esto tiene otras repercusiones dentro de la particular concepción chomskiana del sujeto: impone desde el principio de la reflexión lingüística un modelo donde la estructura particular del sujeto será definir rangos y dominios para el establecimiento de transformaciones y asociaciones. Es decir, la noción de código, si bien no se enclava en un mecanismo conceptual explicativo dentro de la gramática transformacional, si define un cierto registro discursivo que asignará un lugar teórico al estatuto del sujeto como entidad productora de discursos.

Si embargo, estamos ante un punto de ambigüedad en la caracterización de esta entidad desde el punto de vista de su formalización. Si partimos del concepto chomskiano de código en una de sus formulaciones: "código C es una proyección biunívoca de sartas de V (un vocabulario finito) en sartas de A (un alfabeto finito) tal que si v_i, v_j son sartas de V, entonces $(i v_j) = (v_i v_j)$ es un isomorfismo entre sartas de V y un subconjunto de sartas de A; con las sartas de A se deletrean las sartas de V" estamos ante un sistema formal que parece asimilarse en un número significativo de rasgos a ciertas investigaciones de carácter semántico integradas dentro de un marco de investigación saussuriana o, en última instancia, a un sistema de operaciones que acalla,

bajo la forma de la inmanencia funcional y las relaciones biunívocas y totalizantes, el surro inquietante bajo una pregunta que no cesa de asediarnos a la semántica desde su propia imposibilidad: ¿cómo es posible que cuando un hablante encuentra su lugar frente al oyente y emite una ráfaga acústica, ocurre algo tan sorprendente como esto: el hablante quiere decir algo; el sonido significa algo; el oyente entendiente lo que se ha querido decir; el hablante hace una afirmación, pregunta, da una orden? Sin embargo, lo inquietante no encuentra sus resonancias bajo esta sorpresa. También la extrañeza recupera sus derivaciones. El sentido se ramifica, las frases van mucho más allá de la sinonimia para internarse en la tierra fértil del ocultamiento, la contradicción, la pabra que traiciona a su propio emisor; el juego inaprehensible del sentido se nos abre por primera vez ante nuestros ojos. La certidumbre se refugia en la descripción. Las formulaciones estrictamente formales de la noción de código y otras formulaciones, éstas de corte saussuriano, tienden a reproducir, aunque en forma menos elaborada, los rasgos que hemos precisamente enumerado: Así, Ullmann hace de la lengua un objeto caracterizado por los siguientes elementos: Lengua —código-potencial-sienta-fija— lentamente movible-psicológica. Vemos, tal vez, en esta formulación, el deslizamiento, el estallido, que el mismo Ullmann parece ignorar en el lenguaje: las palabras fluyen, se deslizan; el campo del ocultamiento y la traición asumen su irreductible y transparente de un sujeto, esta vez asiento de la "psicología", que servirá de anclaje al vagabundo interminable del sentido y sin embargo, ¿de qué psicología se habla? Se arrastra el nombre de Saussure y el lastre de su historia: La lengua es puramente psicológica: está constituida por impre-

La manifestación más interesante de este procedimiento de modelización es la trayectoria seguida por cierto conjunto de conceptos que constituyen momentos determinantes en el desarrollo de las distintas teorías lingüísticas. Es el caso de las nociones de código, regla, sintaxis, norma, habla, etc.

Objeto teórico privilegiado, el código, por su propia ubicación dentro de las teorías constituidas, se presta admirablemente para la formalización: lugar de la regularidad, forma canónica de la autocontención, estructura particular y reconstituible a partir de la virtualidad que asegura su ejercicio y la determinación de sus estados —estados que, en un tránsito indefinido en su proceso, definen una historia— formas arquetípicas de la estabilidad, lugar por excelencia de la regularidad funcional: del dispositivo que una vez montado habrá de ser la encarnación de las máquinas de movimiento perpetuo. El código, noción que asimilada con la lengua arranca desde Saussure, no puede existir sino como algo dado en su totalidad, preexistente: dispositivo exhaustivo y funcional al cual los sujetos sólo pueden tener acceso a través de un largo aprendizaje. El código está ahí; la lengua será desde siempre el recinto del que habrá que hacer el reconocimiento, que habrá que interiorizar para que veamos recortarse ante nosotros la extraña figura de la propia expresión, el lugar del propio cuerpo.

Esta identificación de lengua y código donde opera la legitimidad de un acercamiento

siones de sonidos, palabras, y rasgos gramaticales depositados en nuestra memoria en donde permanecen constantemente a nuestra disposición, de una manera muy semejante a como el dinero ingresado en una cuenta bancaria es utilizable por el depositante.²¹ Es entonces la memoria quien invade nuestro cuerpo, nuestro deseo, la posibilidad de la expresión. Reconocemos nuevamente este sujeto que ya hemos desplegado en las líneas precedentes. Y a pesar de todo, no es posible dejar de reconocer que el sujeto abandona su corporeidad para penetrar el sujeto abstracto de la lengua: a 'subjetividad' es constitutiva del lenguaje y es un hecho lingüístico objetivo. Pero esta subjetividad lingüísticamente 'objetiva' no debe confundirse con la apreciación subjetiva (individual o tradicional) no 'lexematizada' (...) Conviene distinguir tres tipos de 'subjetividad' dotados de manifestación lingüística: a) una subjetividad incorporada a los sistemas de léxico y gramatical de la lengua, en el plano mismo de la función distintiva; b) una subjetividad sistematizada pero no distintiva, exterior a los sistemas léxico y ocasional. En cuando a la subjetividad sin manifestación lingüística, ella existe, sin dársele, pero no puede interesar al lingüista como tal.²² Operará entonces, en la reflexión acerca del sujeto, un doble conjunto de rasgos binarios: exterioridad y no exterioridad, sistematizado/no sistematizado, distintivo/no distintivo. Cuando menos, entre estos rasgos dos parecen asimilarse en una primera aproximación: distintivo/no exterioridad parecen confundirse. Pero además, tenemos otro sistema de territorialización: la exterioridad de la subjetividad manifestada y la exclusividad de la subjetividad no manifestada es un sutil juego de rasgos de caracterización y de pertinencia que tras un largo rodeo, cae necesariamente en una circularidad cuyos bordes se disuelven. Es una circunferencia sin marca, trayectoria cuyo peso no ha abandonado un rastro que atestigüe su presencia. Y sin embargo, a pesar de esta deprecación que carcome los bordes de la lengua y sus nociones veladas de la subjetividad, sus rasgos esenciales articulan aun hoy el armazón de las aproximaciones al hecho lingüístico. Pecheux, al emplear en el análisis del discurso los conceptos de formación discursiva, familia parafrástica, proceso discursivo, no hace sino trasladar al universo del "discurso" el aparato formal que está implicado en la noción de estructura (sistema) y la noción saussuriana de valor las cuales se inscriben, fundamentalmente, en el proceso de caracterización formal que hemos venido describiendo. No obstante, es preciso encarar una forma específica de la noción de valor que ha hecho posible cierto manejo de corte psicoanalítico y, en consecuencia, la irrupción de cierto espacio de la subjetividad en la teoría lingüística. Si bien la noción de valor aparece como una consecuencia del desarrollo conceptual de las concepciones saussurianas de sistema y de autocontención de la lengua, que parten del desarrollo de la arbitrariedad del signo, la noción de valor opera una deslocalización de la función semiótica: el concepto de significación aparecerá co-

mo un efecto estructural que introducirá un efecto de deslizamiento y una forma de indeterminación en la constancialidad del signo lingüístico (u otro), sin negarla. A través del valor se genera una tensión en el aparato conceptual saussuriano. Por una parte, esta noción basa su funcionamiento en el reconocimiento necesario de una operación de clausura sobre el espacio de la lengua. Por otra, al desdibujar la función constitutiva del signo, desplaza toda posibilidad de formalización del espacio semántico, desplazamiento que, llevado a sus últimas consecuencias, llevará a negar la función monosemizadora del contexto, regla que ha operado en ciertas investigaciones semánticas ha sido ya expresada cuando menos como una imposibilidad parcial por parte de lingüistas de diversas inscripciones teóricas. Proveniente de la gramática transformacional, Kuroda afirma: *En ningún nivel de abstracción, las significaciones se nos presentan bajo la forma de entidades formales. Es evidente que esto no excluye de ninguna manera la posibilidad de una semántica formal. Algunas relaciones y restricciones sobre las significaciones podrían muy bien ser descritas de manera formal. Pero, una cosa es tener una representación formal de la significación, por medio de la cual algunos aspectos de la significación pueden ser descritos formalmente y otra cosa afirmar que poseemos LA representación semántica.*²³ Las precauciones se multiplican, la sutileza de lo informalizable, correlativo de la exterioridad y la exclusividad en sus formas de manifestación y no manifestación lingüística, tienden a conformar la promesa de la ciencia objetiva. Detrás de la cautela y la ambigüedad se encuentra el futuro, la ciencia prometida. Más allá del silencio y la multiplicidad callada de los sentidos encontraremos el método.

Se desnuda aquí en todo su mutismo la mueca de la regularidad lingüística. Pero aún resta el imperativo del dominio, el fantasma de la Ley que habrá de marcar con su presencia el surgimiento de la explicación, el deseo inexplicable del rigor y la muerte del objeto. Desde el aparato formal se recuperará el lugar que rige el pensamiento a pesar de la ausencia o, más bien, gracias a ella.

La lingüística ha sido definida como el proyecto de una representación formalizada (o formalizable) de la lengua; ella se obliga aquí a restituir en su notación los efectos de una instancia que en sí misma no es ni formalizable ni representable: el sujeto de la enunciación. ¿No quiere esto decir que para la teoría, las condiciones de consistencia y de completud son imposibles de conjugar?

Si es así, se trata de un límite independiente de todo marco teórico particular y que, notoriamente, no es propio ni de la gramática transformacional ni de su presente versión: es lo real de la lengua misma que, en ciertos de sus lugares, no puede ser descrito integralmente sino por la incorporación al

formalismo de términos que lo subvierten. Es la lengua misma la que no puede ser recorrida totalmente sino con la mirada puesta en un punto que, como totalidad, la derrumba.

24

- 1R. Barthes, *Leçon*, Ed. du Seuil, Paris, 1978, p.
- 2M. Foucault, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1977, pp. 206-207.
- 3M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1968 p. 292.
- 4M. Foucault *Crítica a los conceptos de interpretación en Nietzsche, Marx y Freud*.
- 5Foucault, *op. cit.*
- 6G. Deleuze, *Logique du sens*, Editions de minuit, Paris, 1969, p.p. 63.
- 7M. Foucault, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, pp. 313-314
- 8M. Foucault, *La arqueología del saber*, pp. 198-199.
- 9A. Tarski, *Introducción a la lógica y a la metodología de las ciencias deductivas*, Espasa-Calpe, Madrid, p.169
- 10A. Culioli, "La formalización en lingüística", en *Lenguajes*, no. 3, abril de 76, Buenos Aires, pp. 12-13.
- 11Cfr. Los trabajos de K. Baldinger, K. Heger, E. Coseriu, in J.A. Greimas y toda la teoría francesa del discurso, la obra de Ducrot, etc. entre muchas otras que se integran sólo en el campo de la semántica, por no mencionar las que han surgido en muchos otros niveles.
- 12J. D. Quesada, *La lingüística generativo-transformacional: supuestos e implicaciones*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, p. 77
- 13R. Jakobson, *Essais de linguistique general II*, Ed. de Minuit, Paris, 1973, p. 11.
- 14J. C. Milner, *L'amour de la langue*, Ed. du Seuil, Paris, 1978, pp. 65-66.
- 15J. Baudrillard, *Cultura y simulacro*, Ed. Kairós, Barcelona, 1978.
- 16Cf. K. Baldinger, *Teoría semántica*, Ed. alcalá, Madrid, 1977, pp. 158-159.
- 17Cf. F. de Saussure, *Cours de linguistique general*, (Edition dritique préparé par Tullio de Mauro), Payot, Paris, 1972, p. 31 y la nota 66.
- 18N. Chomsky, *Análisis formal de los lenguajes naturales*, Alberto Corazón Ed., 1972, p. 43.
- 19J. R. Searle, *Speech acts. An essay in the philosophy of language*, Cambridge University Press, Londres, 1969, p.3
- 20Cr. Ullmann, *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*, Aguilar, Madrid, p. 25
- 21S. Ullmann, *Ibid.*
- 22E. Coseriu, *Principios de semántica estructural*, Gredos, Madrid, 1977, p. 105
- 23S.Y. Kuroda, "Geach, Katz et la notion de présupposition", en *Aux quatre coins de la linguistique*, Ed. du Seuil, Paris, p. 230
- 24J. C. MILNER, *De la syntaxe a l'interpretacion*, Ed. du Seuil, Paris, p. 374.